

Felicidad y libertad

Las culturas que algunos consideran menos desarrolladas que las occidentales, como las comunidades indígenas, ¿son sólo diferentes o son en realidad menos desarrolladas?

Si la finalidad del ser humano es ser feliz, ambas culturas han alcanzado el mismo nivel de desarrollo, o uno muy similar. Si su finalidad es tener alternativas, o sea, la libertad, la cultura occidental está más desarrollada.

La felicidad es una emoción, y como tal evolucionó en nosotros porque ofrece una ventaja. Creo que su función es la de motivarnos a alcanzar propósitos, situación que nos hará felices. Buscamos la felicidad como algo que está adelante, que alcanzaremos y permanecerá. Pero la evolución no pudo haber desarrollado una felicidad de ese tipo, la que seleccionó es pasajera, nos motiva y se va para dejarnos trabajar, llenos de preocupaciones y temores. Cuando lo hacemos bien regresa para saborearnos y dejarnos de nuevo. Así es como la selección natural nos motiva, y al parecer nosotros nos creímos su engaño, pues seguimos buscando la felicidad eterna.

Las religiones prometen eso, en nuestra cultura el concepto está imbuido, y para muchos su propósito es ser feliz. Vivimos engañados.

No estoy seguro de cuál debería ser nuestro propósito o si acaso deberíamos tener uno, pero históricamente hemos buscado alternativas, libertad. En este sentido nosotros estamos más desarrollados que las culturas indígenas.

Un Tarahumara que no usa calzado puede ser tan feliz como nosotros (yo pienso que todos somos igualmente felices, con pequeñas variaciones y algunas excepciones), pero si a esa persona se le da calzado y aprende a usarlo para posteriormente darle la opción de vivir con o sin él, tendrá alternativas. No es lo mismo vivir descalzo porque no tienes otra opción (pobre), porque no conoces el calzado (indio) o por voluntad (jipi). El indio no envidia el calzado porque no lo conoce; el pobre sí lo envidia, no tiene la alternativa de tenerlo (su libertad económica es reducida) y el jipi tiene la alternativa de calzarse pero decidió no hacerlo.

Tener alternativas es lo que buscamos (al parecer inconscientemente), y cuando las tenemos usualmente preferimos la alternativa que nos dará aún más alternativas (aún los jipis lo hacen, pues con su actitud intentan escapar de las restricciones que la sociedad civilizada impone en ellos). Y la civilización occidental ofrece más alternativas. Ninguna persona que conozca los beneficios de la medicina, el agua potable, el sistema sanitario, y el uso de la energía para producir bienes y servicios decide vivir en una cultura que no los ofrezca.

Hasta los animales buscan alternativas que les permitan una sobrevivencia más holgada, que les deje más tiempo para reproducirse. Muchos animales salvajes aprovechan la producción de la civilización: las aves se alimentan de nuestros cultivos y los prefieren a buscar alimento aislado y escaso, los osos salvajes buscan comida de los turistas y la prefieren a cazar sus presas. Nuestra civilización es la envidia de todo ser vivo, y es un estadio preferible al de las comunidades indígenas. Pero no por eso somos más felices ni significa que todas las culturas tienen que ser como nosotros, pero si ellos conocieran alternativas seleccionarían las que les den más libertad.

La libertad tiene niveles, el primero es el económico, el de sobrevivencia. La libertad económica consiste de satisfacer nuestras necesidades básicas y tener tiempo extra. Además está la libertad simbólica, que consiste de las alternativas que podemos pensar, las ideas que conocemos y entre las cuales seleccionamos. Un animal no tiene esa libertad porque no usa un sistema simbólico, un bebé tampoco la tiene, sólo el humano adulto es capaz de ese nivel de libertad, y mientras más complejo sea el sistema de símbolos que usa más alternativas tendrá.

La cultura occidental permite más libertad al individuo que las culturas prehistóricas y que las comunidades indígenas gracias a su productividad y a su cultura. La cultura ofrece a cada individuo la posibilidad de adquirir un lenguaje complejo con el que puede interpretar el mundo.

Pero la cultura occidental también permite a un humano más pobre, uno que conoce todo lo que podría tener (usa la libertad simbólica) y no tiene debido a sus limitaciones económicas. Tiene libertad simbólica pero no económica, esta situación no se presenta con las mismas proporciones en las comunidades indígenas.

En los países en desarrollo muchas personas pueden conseguir una libertad simbólica semejante a la que consiguen los ciudadanos de países desarrollados, pero muchos no pueden conseguir su libertad económica. Esto crea la pobreza, el conocimiento de las carencias. Pero este tipo de pobreza motiva a las personas a crecer, pues saben que existen las alternativas. El conocimiento es un arma de dos filos, puede hacerte más libre pero también más conciente de tus miserias; además, una vez que lo adquiriste no hay vuelta atrás, no te puedes arrepentir y borrarlo de tu mente.

La libertad económica la buscamos en forma automática, la evolución seleccionó en nosotros un programa emocional para buscar alternativas. Aunque el programa nos hace creer que perseguimos la felicidad, manteniéndonos ilusionados de por vida, es una forma muy efectiva de conseguir la búsqueda constante de nuevas formas de proceder. En el programa se incluyen las emociones de felicidad, preocupación, desesperación, tristeza, y todas las que nos motivan a buscar o reconsiderar un propósito.

La felicidad, la emoción del programa que nos gusta, no debería ser nuestro objetivo porque es sólo un señuelo. Reconocer que usamos la felicidad en lugar de usarla como objetivo nos libera de los principios morales: el que quiere ser feliz necesita inventar principios para justificar el no recurrir a fuentes de felicidad como las adicciones (drogas, sexo); al reconocer que la felicidad es una emoción para incrementar la libertad esto no es necesario pues las adicciones no nos hacen más libres.